

dalucía que lo vió nacer, y cuando convenía, salpicaba sus discursos con ese gracejo, esas sales, esos chistes y alusiones que tanto recomendaba Cicerón, que hacían temblar de cólera á los contrarios, estremecerse de risa á los amigos, y que le aseguraban ese éxito inmediato, indispensable, según él, á todo orador.

Cuando se mostró como nunca improvisador inimitable y orador terriblemente elocuente, fué ¡ay! en su último lacónico discurso. Al sentirse herido por la bala homicida que le priva en un instante del conocimiento, tiene antes de caer la entereza para exclamar con voz sonora que vibrará á través de los siglos: ¡Viva España! Esta breve frase, pronunciada en momento tan solemne, es más elocuente que todos los discursos con que en su larga carrera asombró á los doctos y á las multitudes en las Academias, en las Cortes, en las públicas asambleas. ¿Quién podrá explicar con palabras esta fecunda exclamación? Viva España, la España cuyas pasadas glorias admiran al orbe; la España que, fundada en sus antiguas tradiciones y modificada conforme á los principios nuevos traídos por hechos inevitables, ha surgido después de la Restauración; la España resucitando fuerte y vigorosa cuando el mundo la juzgaba agonizante; el Imperio español, formado de la madre con las hijas, libres todas, soberanas é independientes,

pero unidas entre sí por vínculos tan fuertes que devuelvan á la raza española su antiguo predominio.

¿Es éste el alcance del último discurso, del testamento político del mártir de Santa Águeda? Vamos á considerarlo brevemente si me prestáis aún vuestra atención.

II

Hasta aquí, señores, he dejado hablar al poeta, al historiador, al filósofo, al jurisconsulto, al orador, al cristiano, y he procurado, citando sus propias palabras, que se retrate á sí mismo en estos altísimos caracteres. Mi tarea empieza á ser más difícil, pues tengo que entrar en el terreno, para mí desconocido, de la política, servirme de mis propias frases y comunicaros mis propias reflexiones. ¡Quiera el Señor inspirar mis palabras al tocar asunto tan escabroso!

Me he propuesto ponerme delante de los ojos al lamentado Ministro de la augusta madre de Alfonso XIII, no como jefe de un partido, sino como representante genuino de España, de la raza española, del principio de autoridad. Me permitiréis, por tanto, que no os hable de sus primeros pasos como diputado,

ni de su intervención en los acontecimientos de Vicálvaro, ni aun siquiera de la parte que tuvo, en su calidad de encargado de negocios en Roma, en la preparación del Concordato. Mucho menos trataré de investigar las simpatías ó antipatías que haya podido abrigar hacia la revolución de Septiembre, que derrocó la dinastía por él restaurada pocos años más tarde. Desde este momento empieza su verdadera grandeza, y es cuando os invito á admirarlo.

No llevéis á mal que, hallándonos tan lejos del teatro de los acontecimientos, os recuerde la situación que guardaba España en la época de la restauración. Ni la república ni la monarquía revolucionaria habían podido darle la paz, ni mucho menos ponerla en la vía de progreso que algunos soñaron. Una gran parte de la nación se acogió, para acabar con aquéllas, á la bandera tradicionalista, ó legitimista, ó como queramos apellidar la causa de D. Carlos, y se encendió la guerra civil con todos sus horrores. Sostenía al último, como de costumbre, el elemento religioso, y le daba una fuerza que ningún otro partido alcanzaba, pero que, grande como era, no bastó para que lograra el triunfo definitivo. Era menester levantar un estandarte que conciliara todos los intereses y simbolizara todos los principios, desde la religión y la monarquía tradicional hasta las li-

bertades republicanas, y éste fué el que enarboló D. Antonio Cánovas del Castillo, poniéndolo en manos de Alfonso XII.

Para alcanzar la victoria, no bastaba que los que habían permanecido fieles á la dinastía venciesen en el campo de batalla; era indispensable ganar los corazones. Á los republicanos y á los monárquicos del Duque de Aosta los debeló la fuerza de los acontecimientos y los atrajo la diplomacia. Restaba arrebatár á los carlistas las armas materiales, y sobre todo las armas morales que parecían hacerlos invencibles. No olvidéis, señores, que habían de pasar todavía varios años antes que León XIII (1) dirigiera á los obispos españoles estas palabras: «Se ha de huir la equivocada opinión de los que mezclan y como identifican la religión con algún partido político, hasta el punto de tener poco menos que por separados del catolicismo á los que pertenecen á otro partido.» Reinaba entonces Pío IX, y la opinión general en todas partes era que la religión estaba vinculada, casi exclusivamente, en los partidarios de D. Carlos, y que afiliarse en otra bandera equivalía punto menos que á apostatar.

La grande habilidad de Cánovas consistió en dar al mundo señales de lo contrario, no sólo con la derogación de ciertas leyes que, como

(1) Encíclica *Cum multa*.

la del registro civil, desagradaban al pueblo español, sino, sobre todo y más que todo, alcanzando la protección decidida del Soberano Pontífice para el joven Rey que acababa de recobrar, merced á él, el trono de sus abuelos. Si imponente fué el espectáculo que dió al mundo católico Alfonso XII cuando, al poner el pie en su reconquistado reino, cayó en los brazos del cardenal Moreno, arzobispo primero de Valladolid y luego de Toledo, de mayor efecto fué la llegada del Nuncio Apostólico á Madrid, dando el ósculo de paz á nombre del Pontífice al hijo de la reina Isabel. «¡Ah! (me decía por aquel tiempo, llorando, en la falda francesa de los Pirineos, uno de los ardientes partidarios de D. Carlos). No son las armas las que nos han vencido, sino el Enviado pontificio. Lucharemos contra todas las potestades de la tierra; pero ante la decidida voluntad del Vicario de Cristo es fuerza doblar la rodilla. Vimos impertérritos el avance de incontables legiones, pero al aparecer monseñor Simeoni no nos quedó otro recurso que emprender la retirada.»

¡Quién hubiera creído que, en la segunda mitad del siglo XIX, la alianza con el Jefe del catolicismo diera tal fuerza á una nación! Ella salvó á España más tarde de la desigual guerra, como la llamó el mismo Cánovas, que inconsideradamente iba á emprender contra la po-

derosa Alemania. Ella ha contribuido en gran parte á sostener en el trono á la augusta señora, émula de María Teresa de Austria y de D.^a Blanca, la madre de San Luis, que con tanta majestad y tanto tino lleva las riendas del difícil gobierno, que las manecitas del Rey niño aún no son capaces de empuñar.

Todo esto ha sido, como nadie lo ignora, la obra de Cánovas del Castillo; y si á la Iglesia no se le dió tanto cuanto tal alianza parecía exigir, hay que tener en cuenta que era indispensable mantener el equilibrio entre los partidos contrarios, evitar males mayores y conservar á todo trance la paz. Harto hizo con desterrar las revoluciones de la *tierra clásica de los pronunciamientos*, como las naciones extranjeras con escarnio la apellidaban, y convertir á España en una nueva Inglaterra, en que pacíficamente y por turno, sin vulnerar en nada los derechos de la Corona, sin perturbar el orden social, y animados todos del más ardiente patriotismo, se suceden uno á otro en el mando los partidos liberal y conservador.

En una de las épocas en que imperaba el primero, fué cuando se preparó, y no por cierto entre las sombras de la noche, la terrible insurrección que en el momento dado estalló formidable en las islas españolas del Extremo Oriente y del Extremo Occidente. ¿Producirá este levantamiento los benéficos resul-

tados que la rebelión de Cataluña en tiempo de Felipe IV (que con fruición previsoramente narra Cánovas del Castillo), es decir, el desengaño saludable y el convencimiento que más bien que caer bajo extraña dominación, es preferible el yugo de nuestros hermanos? Ni lo sé, ni me toca investigarlo; pero sí debo señalaros un gran beneficio que de esta guerra lamentable ha resultado á todos los hispano-americanos.

¿No habéis notado, señores, que desde el momento en que empezó á verse el peligro inmediato de que el Golfo de Méjico se convirtiera en un inmenso lago anglo-americano, los ojos aun de los que antes eran enemigos de España, se volvieron con dulce mirada hacia la madre patria? ¿No habéis observado la actitud tan digna y la neutralidad simpática que han guardado los gobernantes de las Repúblicas latinas de América? ¿No os indica esta conducta que la idea general es que los 200.000 soldados que han venido á luchar á las Antillas están defendiendo no sólo la integridad de España, sino la existencia de sus hijas emancipadas, la libertad de la raza española en el Nuevo Mundo? ¿No pudiera esta conformidad de sentimientos engendrar la uniformidad de acción, y producir la confederación que soñó Bolívar, pero con la madre patria á la cabeza? La que fué una utopía en la época del vencedor de Junín, podría ser una realidad en

el siglo que verá el inmenso imperio de Rusia atravesado por larguísima vía ferrea desde las orillas del Neva hasta las costas fronterizas del Japón, y podrá construir otra que desde el estrecho de Magallanes conduzca en breves días hasta la ribera del Bravo. Sea lo que fuere de estos sueños, la unión de corazones existe entre todos los hijos de la madre España, y esta unión se debe á D. Antonio Cánovas del Castillo, personificación, al morir, de toda la raza española.

¿En qué te había ofendido esta noble raza, hijo tenebroso del anarquismo, para que así salieras de sus antros á sumergirla en hondo duelo? ¿Qué agravios tenías que vengar en ese hombre, viva encarnación de la España, que te dió el asilo y el pan que tu propia Italia te negaba? Bien te conocían sus numerosos guardadores, y á la benevolencia de ese gobernante tan generoso, que hay quien lo haya tachado de débil, debiste el que no te sepultaran en el castillo de Monjuich con los criminales que llamas tus hermanos. ¿Y pagas tamaña bondad ensangrentando el suelo que te ha dado hospitalario abrigo, arrancando la vida á tu bienhechor, poniendo en peligro hasta la integridad de la nación á cuyo amparo te habías acogido?

¡Ah! Bien te reconozco en esa actitud de supremo desdén con que te encaras con tu

víctima y desaffias al poder que, vivo ó muerto, representa. No de otra suerte se me figura que Luzbel, primer padre y maestro del anarquismo, se ha de haber erguido ante el trono del Omnipotente al pronunciar el insensato *non serviam*. Tal es la divisa de la hermandad satánica á que estás afiliado: no servir á nadie, no tolerar autoridad alguna, todo destruir, todo aniquilar. Ya no me maravilla que astes tus tiros al insigne varón que ningún mal te ha hecho. Representa el orden social, representa el principio de autoridad, representa á ese Dios cuya existencia niegas, y eso te basta.

¿Pero no ves, insensato, que *Dios no muere*, como dijo al caer asesinado también por *tus hermanos*, otro representante del poder, y de la sociedad y de nuestra raza, en una de las Repúblicas hijas de España (1)? ¿No ves que, al pretender derribar á tu víctima, lo que has logrado es erigirle un pedestal que lo engrandecerá á los ojos de todos los pueblos y de todas las generaciones?

Sí, señores; si gloriosa fué la vida de Cánovas, infinitamente más gloriosa ha sido su muerte de mártir. Ved cómo se postran ante su tumba los depositarios de esa autoridad emanada del derecho divino de que él fué re-

(1) García Moreno, Presidente del Ecuador.

presentante y baluarte. «Desolada por la horrible desgracia (exclama la augusta Reina á quien tan fielmente sirvió) no encuentro palabras con que expresar mi dolor..... He perdido al consejero leal que tanto me ayudaba y de quien necesitaba tanto. Los servicios eminentes que prestó á mi esposo D. Alfonso XII hacíanle objeto de todos mis respetos, y le unían conmigo nuevos valiosísimos sacrificios por el Trono.»

Á las lágrimas de la inconsolable soberana une las tuyas, y las bendiciones que abren las puertas del cielo, el Sumo Pontífice León XIII. En alta voz expresan su dolor los Emperadores y Reyes del antiguo mundo. Los Presidentes de las Repúblicas de América mandan á través de los mares sus gemidos; y uno de ellos, el del Uruguay, baña el mensaje de luto, no con llanto, sino con su propia sangre vertida á los pocos días, del mismo modo violento que la del mártir de Santa Águeda.

Bien habéis hecho, españoles, en iniciar esta solemne manifestación de duelo y de gratitud. Pero no olvidéis que somos ante todo cristianos, y que más que de lágrimas de dolor, más que de cánticos de alabanza, há menester el difunto de oraciones y de sufragios. Es manía universal hablar mal de los hombres que están en el poder, y nada perdonar á los que se hallan revestidos de autoridad. ¡Injusticia atroz!

El gobernante (salvo rarísimas excepciones que confirman la regla) sacrifica al pueblo á quien se consagra, su vida, su salud, su reposo, su paz, su fortuna, sus intereses, y por servirlo descuida á menudo hasta trabajar con el ahinco que conviniera por la salvación de su propia alma.

Si su patriotismo no hubiera encumbrado á Cánovas hasta el alto puesto que ocupaba, habría podido pasar los últimos años de su vida en ese dulce reposo que permite al ferviente cristiano prepararse con tiempo á la muerte. Los negocios públicos y la bala traidora que le arrebató tan violentamente la existencia, no le dieron lugar para esa preparación inmediata que tanto sirve para purificar el alma, antes que se presente al justo Juez de vivos y muertos.

Los principios altamente religiosos de que hizo alarde toda su vida, que manifestó sin temor aun en asambleas abiertamente hostiles al catolicismo, y que se jactó más de una vez de no haber cambiado jamás, nos hacen creer que en los breves instantes que transcurrieron desde su primera herida hasta que exhaló el postrer suspiro, su corazón se elevó al Señor con actos de sincera contrición, que, unidos á los sacramentos que á tiempo se le administraron, le habrán abierto las puertas del cielo.

Bien merecía esta gracia quien tanto había

trabajado en su vida pública por los intereses de la religión. Escrito está que *los misericordiosos alcanzarán misericordia*, y de seguro que la piedad divina habrá cobijado con sus alas al varón generoso que había llegado á formarse el hábito de perdonar. Escuchad, si no, este rasgo conmovedor, con que me permito ocupar vuestra atención antes de concluir.

Entremos al aposento de la cárcel de Vergara, en que ha pasado el asesino las horas que preceden á su ejecución. Ahí está, en la misma actitud provocativa que ha guardado desde que consumó el atentado. Uno tras otro han tenido que abandonar la difícil empresa los ministros del Altísimo que han venido á pedirle una lágrima de arrepentimiento, y el reo se encuentra solo con sus custodios aguardando con cínica indiferencia la muerte. Hé aquí que de repente penetra inesperado venerando monje, no ya á pedir contrición, sino á otorgar espontáneo perdón, el perdón de la desolada viuda; perdón que la generosa señora le envía también á nombre de su difunto esposo, cuyo corazón tan á fondo conocía, cuyos sentimientos tenía derecho á interpretar. ¡Ah! De seguro que desde una vida mejor habrá ratificado la ilustre víctima este perdón, que no pudo expresar con palabras al caer bañado en su sangre, pero que sin duda concedió en los momentos de la agonía.

He terminado, señores; y si subí á esta cátedra sagrada lleno de confianza, os confieso que no bajo sin temor. Difícil es alabar al defensor acérrimo de la integridad de España, sin irritar á los que pretenden desmembrarla; encomiar al gobernante conciliador, sin excitar las iras de los partidos extremos; ensalzar al representante de la raza española y del orden social, sin provocar á los enemigos de aquélla ó atraerse los odios de los que pregonan la anarquía. He procurado no herir las susceptibilidades de ninguno, y seguir mi rumbo sin tocar los escollos que erizan el mar proceloso en que me ha tocado navegar. Si no lo he conseguido, me alienta al menos la esperanza de que el sacrificio que he ofrecido por el alma del mártir del principio de autoridad, haya sido grato al Padre de las misericordias. Réstame, como Obispo, regar con agua lustral el féretro del hombre de Estado á quien debisteis y prestasteis obediencia, ¡oh diocesanos de la colonia española!; y como particular, ofrecer humilde corona al que fué mi jefe en una, mi respetado colega en otra, de las doctas Academias á que tengo la honra inmerecida de pertenecer.



BREVE ELOGIO

DEL EXCMO. SR. D. JOAQUÍN GARCÍA ICAZBALCETA,
PRONUNCIADO EN LA ASAMBLEA GENERAL DE LAS
CONFERENCIAS DE SAN VICENTE DE PAÚL, DE SAN
LUIS DE POTOSÍ, EL 23 DE DICIEMBRE DE 1894.



GRANDE es mi consuelo al presidir esta reunión. Hace más de dos años que no os congregabais en asamblea general; y al ver que trimestre tras trimestre pasaba sin que vinierais á invitarme á vuestra acostumbrada sesión, llegué á preguntarme más de una vez: ¿existen todavía en mi diócesi las Conferencias de San Vicente de Paúl? La misma pregunta me dirigió en Méjico muchas ocasiones el Presidente general de vuestra piadosa hermandad, y con aquel celo que lo distinguía, me dijo en diversas épocas con las lágrimas en los ojos: «¿Es posible que entre los egregios caballeros de San Luis de Potosí haya muerto la caridad? ¿Es creíble que no haya uno solo que pueda mover á los socios y hacer revivir las casi extinguidas Conferencias?»